

se despojó de sí mismo R ENUNCIA

se hizo hombre E NCARNACIÓN

el justo por los injustos S USTITUCIÓN

él nos amó primero C ARIDAD

fue hecho maldición A NATEMA

angustiado y afligido T ORMENTO

redimidos por su sangre E XPIACIÓN

EL GRAN RESCATE

GUÍA HOMILÉTICA



EL GRAN RESCATE

A mis hermanos pastores:

El sacrificio de Cristo se erige como el epicentro de nuestra redención, un lugar donde convergen la justicia y la misericordia divinas en una armonía perfecta. Allá en la colina del Gólgota contemplamos la humildad y la obediencia ejemplares de Cristo hacia el Padre – el Hijo de Dios dispuesto a beber la copa de amargura para librarnos del tormento y la condenación. Vemos ahí también; sangrante y sediento, traspasado por espinas y clavos, al Sacerdote perfecto, inocente y solidario con el pecador – siendo maldito en nuestro lugar y molido por nuestros pecados ¿La razón? Su inmenso amor al pueblo que ha decidido redimir; Su misericordia para las ovejas sin pastor y el deseo de otorgar gracia salvadora al más vil pecador.

Esta guía homilética ofrece siete bosquejos de sermones que exploran la obra salvífica de Cristo en la cruz como nuestro sustituto y redentor. No pretenden ser sermones completos aún, sino apenas ideas homiléticas que sirvan como punto de partida para reflexionar y meditar sobre el profundo significado de la cruz. La Semana Santa nos invita a hacer memoria de la cruz y el sacrificio de Cristo, pero también nos lleva a considerar su relevancia en nuestra vida diaria, guiándonos hacia un crecimiento en la fe y en la experiencia gozosa del evangelio del Reino.

Quiera el Señor que esta modesta contribución sea de bendición para ustedes, queridos hermanos y compañeros en el ministerio, mientras desempeñan el sagrado deber de enseñar las Escrituras a la iglesia de Cristo. Que el Espíritu Santo dirija su predicación y su ministerio, y que la cruz de Cristo se vuelva cada vez más preciosa tanto para ustedes como para sus congregaciones.

Samuel Hernández Clemente Marzo / 2024
Ministro de Educación de la R. Asamblea General de la INPM

*El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en **RESCATE** por muchos. (Mat 20:28)*

*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en **RESCATE** por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. (1 Timoteo 2:5-6)*

*Cristo nos **REDIMIÓ** de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) - (Gal 3:13)*

*Quien se dio a sí mismo por nosotros para **REDIMIRNOS** de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. (Tit 2:14)*

Contenido:

| | |
|--------------------------|----|
| R ENUNCIA..... | 4 |
| E NCARNACIÓN..... | 7 |
| S USTITUCIÓN..... | 10 |
| C ARIDAD | 14 |
| A NATEMA..... | 18 |
| T ORMENTO..... | 22 |
| E XPIACIÓN..... | 25 |

RENUNCIA

EL HIJO DE DIOS SE DESPOJÓ DE SÍ MISMO

Pasaje bíblico: Filipenses 2:5-11

INTRODUCCIÓN:

En la Semana Santa, reflexionamos sobre el sacrificio supremo de nuestro Señor Jesucristo. Su renuncia voluntaria nos lleva a considerar profundamente su humildad y amor sacrificial.

La salvación, mis queridos hermanos, va más allá de una mera declaración teológica; es una manifestación tangible de la solidaridad divina para con los hombres pecadores. En la renuncia de Cristo a su posición gloriosa en los cielos y su voluntaria asunción de la condición de siervo, vemos la expresión máxima del amor redentor de Dios hacia la humanidad caída. El Señor Jesús no solo vino a enseñarnos acerca del amor, sino que vivió ese amor en su plenitud, entregando su vida en rescate por muchos.

En Filipenses 2:5-11, Pablo nos presenta un magnífico retrato de la renuncia de Cristo, invitándonos a imitar su ejemplo de humildad y llamándonos a la adoración ferviente a Cristo, el Cordero que quita el pecado del mundo.

1 Siendo Dios, se hizo hombre

Filipenses 2:5-6 nos muestra que Cristo, siendo en forma de Dios, se hizo hombre por amor a nosotros. Contemplemos el misterio y la grandeza de la encarnación de Cristo. Él, el Dios eterno, descendió a nuestra humanidad frágil y limitada para experimentar nuestras alegrías y dolores. La encarnación de Cristo es una asombrosa expresión del amor y la compasión de Dios hacia la humanidad caída. En la renuncia de Jesucristo vemos la humildad y la condescendencia de Dios, quien se hizo vulnerable para alcanzar a la humanidad perdida.

2 Siendo hombre, se hizo siervo

Filipenses 2:7a nos enseña que Cristo, siendo hombre, tomó la forma de siervo. Contemplemos la humildad y el servicio ejemplar de nuestro Señor Jesucristo. A pesar de su posición divina, se humilló a sí mismo y se identificó con los más bajos de entre nosotros. Jesús, siendo hombre, lavó los pies de sus discípulos, mostrándonos que no vino para ser servido, sino para servir. La vida de Jesús nos desafía a renunciar al egoísmo y a servir a otros con humildad y amor, imitando su ejemplo.

3 Siendo siervo, se sacrificó

Filipenses 2:8 nos revela que Cristo, siendo siervo, se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. He ahí el sacrificio incomparable de nuestro Señor Jesucristo en la cruz. Él, siendo completamente inocente, cargó con nuestros pecados y pagó el precio de nuestra redención. Jesús, siendo siervo, llevó sobre sí mismo el peso de nuestro pecado para liberarnos del poder del mal. En la cruz de Cristo, vemos la justicia y la misericordia de Dios manifestadas en su sacrificio expiatorio por nuestros pecados. Allí en la cruz, Jesucristo se ofreció a sí mismo como sacrificio perfecto y suficiente para nuestra salvación, cumpliendo así con la justicia divina y otorgándonos perdón y vida nueva.

4 Siendo sacrificio, merece adoración

Filipenses 2:9-11 nos muestra que, como resultado de su humillación y exaltación, Cristo merece toda la adoración y la gloria. Hemos de asombrarnos no solo en la humillación, sino también en la exaltación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo y reconocer su soberanía sobre todo. Él, siendo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, merece ser exaltado por toda la eternidad; siendo sacrificio, es digno de nuestra adoración y alabanza por su amor misericordioso y su obra redentora. La exaltación de Cristo nos llama a reconocer su señorío sobre nuestras vidas y a rendirle adoración y obediencia en todo tiempo y lugar.

CONCLUSIÓN

Seamos más y más agradecidos por el inmenso sacrificio sustitutorio de nuestro Señor Jesucristo, quien renunció a sí mismo para no renunciar a nosotros. Que su ejemplo de humildad, servicio y sacrificio nos inspire a seguirlo con todo nuestro corazón. Reconozcamos su señorío sobre nuestras vidas y le rindamos la adoración y la obediencia que él merece.

OREMOS:

Padre celestial, te agradecemos por el regalo incomparable de tu Hijo Jesucristo, quien renunció a sí mismo para no renunciar a nosotros. Ayúdanos a vivir en respuesta a su sacrificio, sirviendo a los demás con humildad y amor, y proclamando su evangelio con valentía y convicción. Que nuestra vida sea un testimonio vivo de tu gracia redentora. En el nombre de Jesús oramos, Amén.

EL HIJO DE DIOS SE DESPOJÓ DE SÍ MISMO

¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?

Catecismo menor de Westminster / pregunta 21:

¿Quién es el Redentor de los elegidos de Dios?

El único Redentor de los elegidos de Dios es el Señor Jesucristo, quien siendo el Hijo eterno de Dios, se hizo hombre; y así era y permanece para siempre, Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona.

Confesión Belga / Artículo 18

Confesamos, pues, que Dios consumó la promesa hecha a los antiguos padres por boca de sus santos profetas, enviando al mundo, en el tiempo por El determinado, a Su único, unigénito y eterno HIJO. El cual tomó forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres, tomando realmente una verdadera naturaleza humana: con todas sus debilidades (excepto el pecado), siendo concebido en el seno de la bienaventurada virgen María por el poder del Espíritu Santo, sin intervención de varón. Y no solamente tomó la naturaleza humana en que al cuerpo se refiere, sino que también tomó una verdadera alma humana, a fin de que El fuese un verdadero hombre.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 14 y 15

Pregunta 14. ¿Podrá otra criatura –cualquiera que sea– pagar nuestra deuda?

No, pues, en primer lugar, Dios no castigará a ninguna otra criatura por el pecado que el hombre ha cometido; además, ninguna mera criatura puede soportar el peso de la eterna ira de Dios contra el pecado y librar a otros de ella.

Pregunta 15. Entonces, ¿qué clase de mediador y redentor es el que debemos buscar? Uno que sea un verdadero hombre y perfectamente justo, pero al mismo tiempo, más poderoso que todas las criaturas. Es decir, uno que también sea verdadero Dios.

ENCARNACIÓN

EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS

Pasaje bíblico: Juan 1:1-14

INTRODUCCIÓN:

Contemplemos, asombrémonos y demos gracias a Dios por la solidaridad mostrada para con la humanidad perdida al llevar a cabo la maravilla y el misterio de la encarnación de su Hijo Unigénito; el Verbo hecho carne. En este pasaje de Juan 1:1-14, somos testigos de la majestuosidad de la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros. Esta verdad es fundamental para nuestra fe, y hoy exploraremos cuatro aspectos clave de esta gloriosa realidad.

1 El unigénito encarnado era uno con Dios

Juan 1:1 proclama que "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios." La encarnación de Cristo revela su eterna divinidad y su unidad con el Padre. En la encarnación, Dios mismo se hizo cercano y accesible a la humanidad, mostrándonos su amor y su deseo de reconciliarnos con él. En Cristo, vemos la plena manifestación de la divinidad y la humanidad en una persona, demostrando que es completamente Dios y completamente hombre. La encarnación es el acto supremo de amor divino, donde el Dios eterno se hizo uno de nosotros para redimirnos y restaurarnos a su imagen. En Cristo, vemos el rostro visible del Dios invisible, revelándonos su naturaleza y carácter de una manera que podemos comprender y recibir.

2 El unigénito encarnado es autor y dueño de la creación

Juan 1:3 afirma que "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho." La encarnación de Cristo no solo revela su divinidad, sino también su soberanía sobre toda la creación. En la persona de Jesús, vemos al Creador del universo que se humilla para salvar a su creación caída. En Cristo, vemos al Señor y Sustentador del universo, quien vino a restaurar lo que se había corrompido por el pecado humano. La encarnación de Cristo es el inicio de una nueva creación, demostrando su soberanía sobre el mundo y su compromiso de redimirlo.

En Jesús, vemos al Rey del cosmos, quien vino a restaurar el orden y la armonía perdidos por la rebelión humana.

3 El unigénito encarnado es fuente de vida y verdad

Juan 1:4 nos dice que "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres." La encarnación de Cristo trae consigo la promesa de vida eterna y la revelación de la verdad divina. En Jesús encontramos la fuente misma de la vida y la luz que ilumina nuestro camino en este mundo oscuro. En Cristo, encontramos la vida verdadera y abundante que solo él puede dar, y la verdad que nos libera de la esclavitud del pecado y la mentira. La encarnación de Cristo revela la plenitud de la gracia y la verdad de Dios, ofreciendo salvación y conocimiento verdadero a todos los que creen en él. En Jesús, encontramos el camino, la verdad y la vida, y ninguna persona puede venir al Padre sino a través de él.

4 El unigénito encarnado es el alivio de nuestra orfandad

Juan 1:12 nos asegura que "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." La encarnación de Cristo nos ofrece una relación restaurada con Dios y nos libera de nuestra condición de alienación y orfandad espiritual. En Cristo, encontramos la solidaridad y misericordia divina que nos transforma de extraños a herederos, de huérfanos a hijos amados del Padre celestial. En Jesús, encontramos la plenitud de la redención y la reconciliación, y la seguridad de que ya no somos extranjeros, sino miembros de la familia de Dios. La encarnación de Cristo y su mediación es el fundamento de nuestra adopción como hijos de Dios, asegurándonos por la fe en Él un lugar en su familia y su reino por toda la eternidad.

CONCLUSIÓN

Hermanos y hermanas, la encarnación del Unigénito Dios es la prueba más grande de amor y gracia que el mundo jamás haya conocido. En Cristo, vemos la plenitud de la divinidad, la soberanía sobre toda la creación, la fuente de vida y verdad, y el alivio de nuestra orfandad espiritual. Que esta verdad transformadora nos lleve a adorar con gratitud al Dios que se humilló para exaltarnos a nosotros. Que nuestra respuesta sea vivir vidas que reflejen la gloria de aquel que se hizo carne por nosotros.

OREMOS:

Dios eterno y misericordioso, te damos gracias por el don incomparable de tu Hijo, quien se encarnó para rescatarnos de la condenación del pecado. Ayúdanos a vivir en la luz de esta verdad, mostrando tu amor y gracia a un mundo necesitado. Que seamos testimonio de tu poder transformador y agentes de tu reconciliación en un mundo que adolece de la luz de tu verdad y transita en las tinieblas del pecado. Que tu luz resplandezca y produzca libertad y salvación. En el nombre de Jesús, amén.

EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS *¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?*

Catecismo menor de Westminster / pregunta 22:

¿Cómo se hizo Cristo hombre siendo como era Hijo de Dios?

Cristo el Hijo de Dios, se hizo hombre, tomándose un cuerpo verdadero y un alma racional; siendo concebido por obra del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen María, de la cual nació, pero sin pecado.

Confesión Belga / Artículo 20

Creemos, que Dios que es perfectamente misericordioso y justo ha enviado a Su Hijo para tomar la naturaleza¹ en la cual se había cometido la desobediencia, a fin de satisfacer y llevar en ella el castigo de los pecados por medio de su amarga pasión y muerte. Así, pues, ha demostrado Dios su justicia contra Su Hijo cuando cargó sobre Él nuestros pecados; y ha derramado su bondad y misericordia sobre nosotros que éramos culpables y dignos de condenación, entregando Su Hijo a la muerte por nosotros, movido por un amor muy perfecto, y resucitándole para nuestra justificación, para que por El tuviéramos la inmortalidad y la vida eterna.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 16 y 17

Pregunta 16: ¿Por qué {*el mediador y redentor*} debe ser verdadero hombre y perfectamente justo? Porque la justicia de Dios exige que la misma naturaleza humana que pecó, pague por el pecado; el hombre que es pecador, no puede pagar por otros.

Pregunta 17: ¿Por qué {*el mediador y redentor*} debe ser también verdadero Dios? Para que, por la potencia de su divinidad, pueda llevar en su humanidad la carga de la ira de Dios, y reparar y restituir en nosotros la justicia y la vida.

SUSTITUCIÓN

EL JUSTO POR LOS INJUSTOS PARA LLEARNOS A DIOS

Pasaje bíblico: Isaías 1:4-7, Isaías 53:6

INTRODUCCIÓN:

En Isaías 53:6 se nos presenta una imagen poderosa de la condición humana. Aquí, somos confrontados con la realidad de nuestro pecado y nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos. Nos descarriamos, nos alejamos de Dios y seguimos nuestros propios caminos egoístas, dejando atrás la comunión con nuestro Creador.

Sin embargo, en medio de nuestra rebelión y pecado, surge la maravillosa verdad "Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:6). Aquí está la esencia misma de la expiación penal sustitutoria: Jesucristo, el Hijo de Dios, tomó sobre sí mismo el peso de nuestros pecados. En la cruz, él asumió la culpa que merecíamos y soportó el castigo que nosotros merecíamos recibir.

En este glorioso intercambio, Jesucristo cambia nuestra culpa por su justicia, nuestra condena por su perdón, nuestra muerte por su vida eterna. Él se convierte en nuestro sustituto perfecto, llevando nuestras transgresiones sobre sí mismo para que pudiéramos ser reconciliados con Dios y restaurados a una relación correcta con él – Ese intercambio entre el Unigénito de Dios y nosotros, pecadores en miseria, es el origen de muchos otros intercambios.

Meditemos con gratitud y asombro en cómo Jesucristo cambió nuestra miseria por su bienestar, nuestra suciedad por su pureza, nuestra rebelión con su justicia e intercambió nuestra redención por su sacrificio.

1 Nuestra miseria por su bienestar

Jesucristo cambia nuestra miseria por su bienestar (Isaías 1:6-7, 19)

En la cruz, Jesús tomó sobre sí nuestras aflicciones y enfermedades, ofreciéndonos su bienestar y sanidad. En Cristo, encontramos consuelo para nuestras heridas y esperanza para nuestro desaliento, porque él llevó sobre sí mismo nuestras dolencias y sufrió por nuestras transgresiones.

La cruz de Cristo es el lugar donde nuestras cargas fueron reemplazadas por su gracia redentora y donde nuestras penas fueron cambiadas por su paz sobrenatural. En el sacrificio de Cristo, encontramos la promesa de que nuestra miseria terrenal, producto de la caída y consecuencia de la maldición, será reemplazada por la eterna bienaventuranza de su reino.

La cruz de Cristo es el testimonio supremo del amor redentor de Dios, que transforma nuestra desolación en gozo y nuestra desesperanza en esperanza eterna.

2 Nuestra suciedad por pureza

Jesucristo cambia nuestra suciedad por su pureza (Isaías 1:16, 18)

La sangre de Jesús derramada en la cruz tiene el poder de limpiarnos de toda mancha de pecado. En la cruz, encontramos perdón y purificación, porque Jesucristo, el Cordero de Dios, nos limpia de toda impureza con su sangre preciosa. La cruz de Cristo es el lugar donde la suciedad de nuestros pecados es lavada por la pureza de su sacrificio, y donde somos restaurados a la comunión santa con nuestro Dios santo.

Ahí en la cruz, vemos el poder purificador de la sangre de Cristo, que nos limpia de toda iniquidad y nos concede acceso a la presencia santa de Dios. El sacrificio de Cristo, el inocente y justo, es garantía eterna de que en él encontramos la redención y el perdón que nos libera de la culpa y la condenación del pecado.

3 Nuestra rebelión por su justicia

Jesucristo cambia nuestra rebelión con su justicia (Isaías 1:21, 26)

En la cruz, Jesucristo cumplió la justicia de Dios al pagar el precio de nuestra desobediencia y rebeldía. Jesucristo asumió el castigo que merecíamos por nuestra rebelión contra Dios, reconciliándonos con el Padre y restaurando nuestra relación rota.

La cruz de Cristo es el lugar donde nuestra rebeldía es reemplazada por su obediencia perfecta, y donde encontramos el perdón y la restauración que solo su justicia puede ofrecer. Allá en el Gólgota, contemplamos el juicio y la misericordia de Dios, manifestados en el sacrificio de su Hijo amado para redimirnos de nuestra rebelión y darnos nueva vida en él. La cruz de Cristo es el lugar donde la justicia divina y la gracia redentora se encuentran, reconciliando nuestra relación rota con Dios y restaurando la paz perdida.

4 Nuestra redención por Su sacrificio

Jesucristo intercambió nuestra redención por su sacrificio (Isaías 53:6)

En la cruz, Jesucristo llevó sobre sí mismo el peso de nuestros pecados, haciéndose nuestro sustituto para que pudiéramos ser redimidos y restaurados a la comunión con Dios.

En la cruz, Jesús intercambió nuestra redención por su sacrificio, pagando el precio de nuestra salvación con su propia sangre derramada. La cruz de Cristo es el testimonio supremo del amor sacrificial de Dios, que nos redime de la esclavitud del pecado y nos ofrece libertad y vida eterna en él. Allí en la cruz, contemplamos el misterio de la expiación, donde el Cordero de Dios se ofreció a sí mismo como sacrificio perfecto para redimirnos y reconciliarnos con el Padre.

CONCLUSIÓN

En la obra redentora de Cristo, ese acto de intercambio y sustitución, vemos el máximo acto de amor y sacrificio, donde él tomó sobre sí mismo nuestras miserias, suciedad, rebelión y pecado, ofreciéndonos en cambio su bienestar, pureza, justicia y redención. Tal acto de caridad y renuncia, de sacrificio y entrega, no merece sino nuestra eterna gratitud y nuestra más sincera adoración – dado que jamás podremos retribuir ni igualar tal clase de amor, una cosa sí podremos hacer: admirar y celebrar la gloria de aquel que siendo inocente y sin corrupción, padeció la ira divina, sufrió el tormento y experimentó la muerte para librarnos del infierno y darnos vida eterna en Su reino.

OREMOS:

Padre celestial, te damos gracias por el inmenso amor demostrado en la obra redentora de tu Hijo Jesucristo allá en la cruz. Concédenos la gracia de vivir en constante adoración y gratitud por su sacrificio, y capacítanos para proclamar con valentía el evangelio de la cruz a un mundo que necesita desesperadamente tu salvación. Que tu Espíritu Santo trabaje en nuestras vidas y en nuestra iglesia para transformarnos a la imagen de Cristo y llevar gloria a tu santo nombre. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, quien vive y reina contigo en unidad con el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

EL JUSTO POR LOS INJUSTOS PARA LLEARNOS A DIOS *¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?*

Catecismo menor de Westminster / pregunta 25:

¿Cómo ejecuta Cristo el oficio de Sacerdote?

Cristo ejecuta el oficio de Sacerdote en haberse ofrecido a sí mismo, una sola vez en sacrificio para satisfacer las demandas de la justicia Divina, reconciliarnos con Dios. y en interceder continuamente por nosotros.

Confesión Belga / Artículo 21

Creemos, que Jesucristo es el Sumo Sacerdote, con juramento, según el orden de Melquisedec, y se ha puesto en nuestro nombre ante el Padre para apaciguar su ira con plena satisfacción, inmolándose a sí mismo en sí madero de la cruz, y derramando su preciosa sangre para purificación de nuestros pecados, como los profetas habían predicho. Porque escrito está: "el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados; como cordero fue llevado el matadero, y fue contado con los pecadores"; y como malhechor fue condenado por Poncio Pilato, aunque éste le había declarado inocente.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 18 y 19

Pregunta 18: Mas ¿Quién es este mediador, que al mismo tiempo es verdadero Dios, verdadero hombre y perfectamente justo?

Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios, sabiduría y justicia, satisfacción y perfecta redención.

Pregunta 19: ¿De dónde sabes todo esto?

Del Santo Evangelio, del cual Dios reveló primeramente en el paraíso, y después lo anunció por los santos patriarcas y profetas, y lo hizo representar por los sacrificios y las demás ceremonias de la Ley: y al fin lo cumplió por su Hijo unigénito.

CARIDAD

ÉL NOS AMÓ PRIMERO

Pasaje bíblico: 1 Juan 4:7-11, 1 Juan 3:1

INTRODUCCIÓN:

La obra redentora de Cristo nos permite apreciar la profundidad del amor divino manifestado en misericordia y salvación hacia nosotros, pecadores indignos.

A menudo, usamos el término "amor" para describir el afecto humano, pero la caridad divina va más allá de nuestras limitadas comprensiones terrenales. El amor que Dios nos ofrece es inmerecido y gratuito, un regalo de su gracia que no podemos pagar. Con esta premisa en mente, exploremos juntos la caridad divina revelada en 1 Juan 4:7-11.

1 La fuente de la caridad

(1 Juan 4:7-8 “El amor es DE Dios, Dios ES amor”) La caridad divina no tiene su origen en nosotros, sino en el corazón mismo de Dios. Es un reflejo de su naturaleza intrínseca, un amor benefactor que fluye libremente de su ser. Dios es amor por naturaleza, y su amor es la fuente de toda la bondad y felicidad. Cuando experimentamos la caridad divina, estamos participando en la esencia misma de Dios. La caridad divina es un río que fluye del trono de Dios, trayendo vida y esperanza a todos aquellos que se acercan a beber de sus aguas.

2 La encarnación de la caridad

(1 Juan 4:9 “Dios ENVIÓ a su Hijo unigénito al mundo”) En la encarnación de Jesucristo, vemos el máximo ejemplo de la caridad divina en acción. Dios mismo se hizo carne y habitó entre nosotros, demostrando su amor de una manera tangible y accesible. La encarnación es el mayor acto de amor que el mundo haya conocido.

Dios descendió para levantar a la humanidad caída. En Cristo, vemos la caridad divina hecha visible, palpable y comprensible para nosotros. En Jesucristo, vemos el rostro mismo de la caridad divina, un amor inagotable y pleno.

3 El regalo de la caridad

(1 Juan 4:9 “En esto se mostró el amor de Dios” / “Mirad cuál amor nos ha DADO el Padre” 1 Juan 3:1)

Ya es bastante sorprendente y único el acercamiento de Dios a nosotros en la encarnación de su Hijo. Pero ¿A quiénes ha venido el Hijo? ¿Acaso a una élite de talentosos? ¿Ha descendido a salvar a los mejores, a los sabios, a los virtuosos, a los ricos o potentados? NO, la caridad divina no se otorga por mérito, ni a cambio de bien, ni en transacción de favor alguno. He aquí lo magnífico de la caridad; es un regalo de Dios, es bendición sin mérito – por gracia.

La caridad divina no esperó a que nosotros nos acercáramos a Dios, sino que fue él quien dio el primer paso. La gracia es recibir lo que no merecemos, y en Cristo, Dios nos ha otorgado la máxima expresión de su gracia. Dios envió a su Hijo al mundo como el sacrificio perfecto para expiar nuestros pecados, demostrando así su amor incondicional hacia nosotros. En la cruz, vemos la medida insondable del amor de Dios hacia nosotros, un amor que está más allá de nuestra comprensión y mérito.

4 El calibre de la caridad

(1 Juan 4:10 “Envío a su hijo en PROPICIACIÓN por nuestros pecados)

El sacrificio de Jesucristo en la cruz revela el verdadero calibre de la caridad divina. La cruz es el lugar donde la justicia y la misericordia se encuentran; donde el amor de Dios se expresa en entrega total y la ira de Dios se satisfizo por completo; ambas cosas en la persona y obra de Cristo. En la cruz, Jesucristo intercambió nuestra redención por su sacrificio, tomando sobre sí mismo el castigo que merecíamos, para que pudiéramos ser reconciliados con Dios y recibir el regalo de la vida eterna.

Este acto supremo de amor revela el carácter sacrificial y generoso de nuestro Dios. La caridad divina se manifiesta de manera suprema en el sacrificio vicario de Cristo en la cruz, donde él tomó nuestro lugar para que pudiéramos tener vida en abundancia.

CONCLUSIÓN

Hermanos y hermanas, en la entrega sacrificial de Cristo encontramos la máxima expresión de la caridad Divina hacia nosotros. Su amor no es estático ni pasivo, sino que se manifestó de manera dinámica y poderosa en la persona y obra de Jesucristo. Que este mensaje de la caridad divina nos inspire a amarnos unos a otros como Dios nos ha amado,

OREMOS:

Padre celestial, te agradecemos por tu inigualable amor manifestado en la obra redentora de tu Hijo Jesucristo. Que tu caridad divina nos inspire a amarnos unos a otros con el mismo amor sacrificial. Ayúdanos a reflejar tu amor en nuestras vidas diarias, compartiendo generosamente tu amor con aquellos que nos rodean y proclamando el evangelio de gracia, perdón que se nos otorga en el sacrificio de Cristo. Que tu Espíritu Santo nos guíe y fortalezca para vivir de acuerdo con tu voluntad y para llevar tu luz y esperanza a un mundo necesitado. En el nombre de Jesús oramos, amén.

ÉL NOS AMÓ PRIMERO

¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?

Catecismo menor de Westminster / pregunta 27:

¿En qué consistió la humillación de Cristo?

La humillación de Cristo consistió en haber nacido, y esto, en una baja condición. sujeto a la ley sufriendo las miserias de esta vida. La ira de Dios y la muerte maldita de la Cruz: en haber sido sepultado y en haber permanecido bajo el dominio de la muerte por algún tiempo.

Confesión Belga / Artículo 21

Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos", y esto, tanto en su cuerpo como en su alma, sintiendo el terrible castigo que nuestros pecados habían merecido, tanto que su sudor fue cayendo en gotas de sangre sobre la tierra. El clamó: "Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"; y ha padecido todo esto para el perdón de nuestros pecados. Por lo cual, con razón decimos con Pablo: "me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado, ...aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor"; hallamos toda clase de consuelo en sus heridas, y no necesitamos buscar o inventar algún otro medio para reconciliarnos con Dios, sino solamente Su ofrenda: "porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados". Esta es también la causa por la que fue llamada Jesús por el ángel de Dios: "Salvador, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 31 y 60

Pregunta 31: ¿Por qué se le llama Cristo, es decir: ungido? Porque fue ordenado del Padre y ungido del Espíritu Santo, para ser nuestro supremo profeta y maestro, que nos ha revelado plenamente el secreto consejo y voluntad de Dios acerca de nuestra redención, para ser nuestro único y supremo pontífice quien por el sólo sacrificio de su cuerpo nos ha redimido, e intercede continuamente delante del Padre por nosotros, para ser nuestro eterno Rey que nos gobierna por su palabra y su espíritu y nos guarda y conserva la redención que nos ha adquirido.

Pregunta 60: ¿Cómo eres justo ante Dios?

Por la sola verdadera fe en Jesucristo, de tal suerte que, aunque mi conciencia me acuse de haber pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, no habiendo guardado jamás ninguno de ellos, y estando siempre inclinado a todo mal, sin merecimiento alguno mío, sólo por su gracia, Dios me imputa y da la perfecta satisfacción, justicia y santidad de Cristo como si no hubiera yo tenido, ni cometido algún pecado, antes bien como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y beneficios con verdadera fe.

“La ira de Dios es esa justicia divina que se opone a todo lo que está en contra de su naturaleza y su voluntad, y que se satisface únicamente en la expiación de Jesucristo” - B.B. Warfield

ANATEMA

HECHO POR NOSOTROS MALDICIÓN

Pasaje bíblico: Isaías 34:1-10, Gálatas 3:13

INTRODUCCIÓN:

En Isaías 34:5, Dios anuncia de manera profética que su anatema (maldición) caerá sobre aquellos que no están cobijados bajo su pacto (representados en la nación de Edom, los descendientes de Esaú, quien fue aborrecido por Dios). “Porque en los cielos se embriagará mi espada; he aquí que descenderá sobre Edom en juicio, y sobre el pueblo de mi anatema”.

El concepto de maldición, o anatema, es profundamente significativo en la teología cristiana. Nos recuerda la seriedad del pecado y la justicia de Dios que demanda un castigo por la violación de su ley. Como seres humanos caídos, todos estamos bajo la maldición del pecado, que nos separa de Dios y nos expone a su ira y juicio.

Creer en la gracia y el conocimiento de Cristo depende de que profundicemos en nuestro entendimiento de la redención que nos ha sido dada. NO hemos sido rescatados de un peligro minúsculo ni de un problema pequeño – sino de la ira, la maldición y el tormento eternos. En Gálatas 3:13, el apóstol Pablo nos dice: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición". Estas palabras nos llevan directamente al corazón del mensaje del evangelio: Jesucristo, en su sacrificio en la cruz, se convirtió en maldición por nosotros para librarnos del castigo que merecíamos.

1 La ira divina es justa

“Jehová está airado, indignado” (Isaías 34:2)

Las naciones y los habitantes de la tierra no pueden alegar inocencia de su parte o injusticia de parte de Dios – su castigo, aunque severo y temible, es consecuente con la santidad de Dios.

En su soberanía, Dios ejerce su ira de manera justa y perfecta. Sus juicios son precisos y acordes con su carácter santo. La ira de Dios es una manifestación de su justicia y santidad, que no puede tolerar el pecado. Dios no actúa impulsivamente en su ira, sino que ejerce su juicio con justicia y rectitud – de tal modo que la ira divina es el justo juicio de Dios contra la maldad y la rebelión.

2 La ira divina es venidera

(“...día de venganza de Jehová, año de retribuciones” Isaías 34:8)

Si bien, el pecado acarrea a los humanos consecuencias a corto plazo, el castigo correspondiente a las desobediencias del hombre está aún pendiente, reservado para el día del juicio final. La ira de Dios no es una mera amenaza del pasado, sino una realidad presente y futura. Su juicio sobre el pecado está asegurado y viene inevitablemente. El “juicio final” es una realidad inminente que enfrentarán aquellos que rechazan la gracia de Dios – hay un día en el calendario divino en que la ira de Dios se manifestará en su juicio severo y justo sobre todo rebelde y pecador.

3 La ira divina será eterna

“No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo” (Isaías 34:10) Rechacemos toda idea de “alivio” para quienes pasen a la eternidad sin Cristo – no habrá purgatorio, no habrá reencarnación, no habrá alivio – “lloro y crujir de dientes” son las palabras con que Cristo se refirió al tormento eterno.

La ira de Dios no es temporal, sino eterna. Aquellos que persisten en la incredulidad enfrentarán un juicio eterno y separación de la presencia amorosa de Dios. La ira divina no tiene fin para aquellos que rechazan la salvación en Cristo, experimentarán una eternidad separados de su gracia y amor - es un juicio eterno sobre el pecado, que persistirá por toda la eternidad en aquellos que no están cubiertos por la sangre de Cristo.

4 La ira divina tiene solución

“Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6)

A pesar de la justa ira de Dios, hay esperanza. Isaías 53:6 nos recuerda que el castigo que trae nuestra paz estaba sobre Jesucristo. En Él, encontramos la solución para nuestra condición perdida y la seguridad de la redención. La oración de Jesús en Getsemaní “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” ha de entenderse en relación con la ira de Dios que caería sobre Jesús mismo en la cruz. Ya el profeta Isaías representa la ira de Dios como una bebida terrible vertida en una copa de la cual deben beber todos los pecadores. Pero es Jesucristo mismo quien bebió la copa de la ira de Dios en nuestro lugar, para redimirnos de la condenación y el tormento.

En este acto de sustitución se cumplen las palabras del profeta: “He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento, los sedimentos del cáliz de mi ira; nunca más lo beberás” (Isa 51:22).

CONCLUSIÓN

Cuán terrible es el anatema de Dios y cuán grave es su juicio – pero cuán grandiosa es la misericordia de Jesucristo y sublime su sacrificio.

Jesucristo, en su amor y misericordia, tomó sobre sí mismo nuestra maldición para que pudiéramos recibir su bendición. Que tal obra de caridad y rescate nos impulse a rendirnos a él con gratitud y adoración, confiando en su provisión perfecta para nuestra salvación.

En la cruz, Jesús asumió sobre sí mismo toda nuestra maldición. Él se hizo maldición por nosotros, llevando en su propio cuerpo el castigo que merecíamos. Su muerte en la cruz no fue solo un acto de amor, sino también un acto de justicia perfecta, donde el pecado fue condenado y la maldición fue abolida para aquellos que creen en él – allá en la cruz, Jesucristo “bebió” la copa del anatema, el vino de la ira de Dios para ofrecernos en su lugar, una copa de bendición, comunión y bienvenida en Su mesa y en Su reino.

OREMOS:

Oh Dios misericordioso, te agradecemos por el glorioso intercambio que tuvimos en la cruz a través de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Que tu amor y gracia continúen transformando nuestras vidas y llevándonos a una entrega total a ti. Que vivamos cada día en la seguridad de tu salvación y en el poder transformador de tu Espíritu Santo. Amén.

“En la cruz, vemos la justicia de Dios y su ira contra el pecado, pero también vemos la misericordia de Dios y su amor por la humanidad pecadora” - R.C. Sproul

HECHO POR NOSOTROS MALDICIÓN

¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?

Catecismo menor de Westminster / pregunta 33:

¿Qué es la justificación?

La justificación es un acto de la libre gracia de Dios, por el cual él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de él: mas esto solamente en virtud de la justicia de Cristo, la cual nos es imputada, y que recibimos por la fe únicamente.

Confesión Belga / Artículo 23

Creemos, que nuestra bienaventuranza radica en el perdón de nuestros pecados por voluntad de Jesucristo, y que en esto está comprendida nuestra justicia ante Dios; como David y Pablo nos enseñan, declarando: que la bienaventuranza del hombre es que Dios le imputa la justicia sin las obras. Y este mismo apóstol dice: "siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús (Rom. 3:24). Y por esto, nos asimos siempre a este fundamento, dando todo el honor a Dios, humillándonos y reconociéndonos tales cual somos, sin vanagloriarnos de nosotros mismos o de nuestros méritos, apoyándonos y descansando tan sólo en la obediencia de Cristo crucificados, la cual es la nuestra propia si creemos en El.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 10 y 11

Pregunta 10: ¿Dejará Dios sin castigo, tal desobediencia y apostasía?

De ninguna manera; antes su ira se engrandece horriblemente, tanto por el pecado original, como por aquellos que cometemos ahora y quiere castigarlos, por su perfecta justicia, temporal o eternamente. Según ha dicho El mismo: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para hacerlas.

Pregunta 11: ¿No es Dios también misericordioso?

Respuesta: Dios es misericordioso; pero también es justo. Por tanto, su justicia exige que el pecado que se ha cometido contra su Suprema Majestad sea también castigado con el mayor castigo, que es pena eterna, así en el cuerpo como en el alma.

TORMENTO

ANGUSTIADO Y AFLIGIDO

Pasaje bíblico: Isaías 53:3-7, Colosenses 1:17-22

INTRODUCCIÓN:

Jesucristo es aquel a quien Isaías identificó como “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3)

La crucifixión era una forma de ejecución sumamente dolorosa y agonizante utilizada por los romanos. El proceso de crucifixión implicaba una serie de torturas físicas y mentales que resultaban en una muerte lenta y extremadamente dolorosa.

El peso del cuerpo colgando de los clavos causaba una tensión insoportable en los brazos y las piernas, lo que provocaba un dolor intenso y la dislocación de las articulaciones. La posición erguida dificultaba la respiración, lo que llevaba a una asfixia lenta y dolorosa. Además, la exposición al sol, la deshidratación y la pérdida de sangre exacerbaban el sufrimiento del individuo.

Los evangelios nos narran cómo Jesús soportó la tortura de la crucifixión “Era la hora tercera cuando le crucificaron” (Mar 15:25) y fue después de la hora novena que clamó “consumado es” (Luc.23:44) – sumando seis horas de agonía y tormento en el madero. A dicho tormento físico, hay que añadirle el tormento espiritual, pero no menos real ni terrible, de la ira divina siendo derramada sobre Cristo de manera sustitutorio. De tal modo que las horas en aquella cruz se resumen en una sola palabra: TORMENTO; dolor, agonía, aflicción y maldición.

Pero de tal sacrificio y tormento de Jesucristo proviene la certeza del amor de Dios, nuestra redención del pecado y las inmensas bendiciones de ser redimidos en Cristo.

1 Por Su tormento tenemos reconciliación

“Haciendo *la paz* mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20)

La sangre derramada de Jesús en la cruz no solo nos redime de nuestros pecados, sino que también nos reconcilia con Dios Padre. Su sufrimiento sangriento nos ofrece la oportunidad de restaurar nuestra relación rota con nuestro Creador. La reconciliación no es algo que hacemos nosotros; es algo que Dios hace por nosotros, a través del sacrificio de su Hijo en la cruz - su muerte sacrificial es el único camino para restaurar nuestra comunión perdida con el Padre. En la cruz, Cristo tomó sobre sí nuestra enemistad con Dios y nos otorgó su paz reconciliadora

2 Por Su tormento somos justificados

“Erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo *malas obras*” (Colosenses 1:21)

He aquí la acusación justa y sin excusa alguna: somos culpable de “malas obras” y lo que merecen las malas obras es el castigo divino. Pero en la cruz, Jesús tomó sobre sí mismo el castigo que merecíamos por nuestros pecados, y nos ofreció su justicia perfecta como un regalo gratuito. Su sacrificio nos justifica ante Dios y nos otorga una posición de rectitud delante de Él. Nuestra justificación no se basa en nuestros méritos, sino en la obra terminada de Cristo en la cruz. Su sacrificio sangriento nos hace justos a los ojos de Dios - somos declarados justos por Dios debido a lo que Cristo hizo por nosotros en el Calvario. De tal manera que la cruz de Cristo es el lugar donde el pecado es condenado y el acta de acusación es saldada con la sangre del Cordero.

3 Por Su tormento somos lavados del pecado

“Para presentaros *santos y sin mancha* e irrepreensibles delante de él” (Colosenses 1:22)

En la cruz, Jesús nos ofrece un perdón completo y una nueva vida en Él. La sangre derramada de Jesús tiene el poder de limpiarnos completamente de todo pecado y mancha. La muerte sacrificial de Jesús en la cruz es el acto supremo de amor divino, que nos ofrece la oportunidad de ser limpiados y santificados por su sangre derramada - Su sacrificio sangriento nos ofrece la libertad y la esperanza de una vida transformada en Él.

CONCLUSIÓN

El tormento y la agonía sangrienta de Jesús en la cruz bajo la ira de Dios es la demostración más profunda del amor Divino. En su sufrimiento, encontramos nuestra redención, justificación y purificación. Que este recordatorio del sacrificio de Cristo nos inspire a vivir vidas de gratitud y servicio a nuestro Salvador.

OREMOS:

Padre celestial, nos postramos ante ti con gratitud y reverencia, dando gracias por la cruz, las llagas, los tormentos y el sacrificio sustitutorio de nuestro Señor Jesucristo. Que tu amor redentor nos inspire a vivir vidas santas y consagradas a ti, y que podamos reflejar su gracia y misericordia en todo lo que hacemos. Te lo pedimos en el nombre precioso de Jesús. Amén.

ANGUSTIADO Y AFLIGIDO

¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?

Catecismo menor de Westminster / pregunta 84:

¿Qué es lo que todo pecado merece?

Todo pecado merece la ira y maldición de Dios, tanto en esta vida como en la venidera.

Confesión Belga / Artículo 26

Creemos, que no tenemos ningún acceso a Dios sino sólo por el único¹ Mediador y Abogado: Jesucristo, el justo²; quien a este objeto se hizo hombre, uniendo las naturalezas divina y humana, para que nosotros los hombres tuviésemos acceso a la Majestad Divina; de otra manera, ese acceso nos estaría vedado. Pero este Mediador que el Padre nos ha dado entre El y nosotros no debe asustarnos por su grandeza, de modo que nos busquemos otro según nuestro propio criterio. Porque no hay nadie, ni en el cielo ni en la tierra, entre las criaturas, que nos ame más que Jesucristo; "el cual, siendo en forma de Dios, ...se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres", y esto por nosotros, haciéndose "en todo semejante a sus hermanos.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 37 y 39

Pregunta 37: ¿Qué es lo que crees cuando dices: padeció?

Que todo el tiempo que en este mundo vivió y especialmente al fin de su vida, sostenía en el cuerpo y el alma la ira de Dios contra el pecado de todo el género humano, para que con su pasión, como único sacrificio propiciatorio, librara nuestro cuerpo y alma de la eterna condenación, y nos alcanzase la gracia de Dios, la justicia y la vida eterna.

Pregunta 39: ¿Es más importante el haber sido crucificado, que morir de otro modo?

Sí, porque este género de muerte me garantiza que él cargó sobre sí mismo la maldición sentenciada sobre mí, por cuanto la muerte de cruz era maldita de Dios.

EXPIACIÓN

SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE NO HAY REMISIÓN

Pasaje bíblico: Hebreos 9:11-22

INTRODUCCIÓN:

En Hebreos 9:22, el autor nos recuerda que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión". Esta declaración nos lleva al corazón mismo del evangelio: LA EXPIACIÓN que hizo Cristo por su pueblo.

La palabra "expiación" se refiere al acto de satisfacer o reconciliar la relación entre Dios y la humanidad - es el acto supremo de amor de Dios, donde Jesucristo, el Cordero de Dios sin mancha, se ofreció a sí mismo como sacrificio perfecto para pagar el precio de nuestros pecados. La sangre derramada de Cristo es el único medio por el cual podemos obtener redención, salvación y perdón de pecados.

1 He ahí el sacerdote eterno

(Hebreos 9:11) En la persona de Jesucristo, tenemos un Sumo Sacerdote eterno, quien intercede por nosotros delante del Padre celestial. Su ministerio sacerdotal no tiene fin ni interrupción, y su eficacia para obtener perdón y gracia es eterna. Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres, capaz de interceder por nosotros y obtener la reconciliación a través de su sacrificio expiatorio.

La expiación de Cristo hace posible nuestro perdón – el hijo de Dios intercede por nosotros, se solidariza con el transgresor no excusando el pecado, sino ofreciendo su propia vida como sacrificio.

La obra sacerdotal de Cristo no tiene límites temporales ni geográficos; su intercesión es perpetua y su poder redentor es eficaz para todos los que vienen a él. La resurrección de Cristo asegura su intercesión perpetua y sin variación como Sumo Sacerdote – ya que él vive para siempre, nos garantiza una seguridad inquebrantable en su mediación, asegurando nuestra reconciliación con Dios por los siglos de los siglos.

2 He ahí el sacrificio perfecto

(Hebreos 9:12) La sangre derramada de Cristo en la cruz es el sacrificio perfecto que limpia completamente nuestros pecados y nos reconcilia con Dios. Su muerte expiatoria es el único medio por el cual podemos tener acceso a la comunión con el Padre y recibir el perdón de nuestros pecados.

La expiación de Cristo nos libra de la maldición. Por el derramamiento de su sangre, Cristo hizo posible nuestra reconciliación con Dios. Él pagó el precio completo por nuestros pecados y nos otorga el perdón y la paz con Dios. La salvación es un regalo gratuito de Dios, recibido por la fe en Jesucristo como nuestro Señor y Salvador.

La sangre de Cristo derramada en la cruz es el único remedio para el pecado humano, y su eficacia es suficiente para limpiar las conciencias más manchadas.

3 He ahí la salvación de nuestra alma

(Hebreos 9:14) La sangre preciosa de Cristo no solo nos limpia de nuestros pecados, sino que también purifica nuestras conciencias para servir al Dios vivo. Esta salvación es completa y transformadora, permitiéndonos vivir una vida santa y consagrada al Señor.

La expiación de Cristo es nuestro rescate. Como pecadores, estábamos esclavizados al pecado y condenados a la muerte eterna. Pero Cristo, en su infinito amor y misericordia, nos rescató de esta esclavitud y nos liberó por medio de su sacrificio en la cruz. Su sangre preciosa nos ha comprado y nos ha dado libertad y vida eterna.

La obra de Cristo no solo pone remedio a nuestro pasado de pecado y rebelión, sino que también nos capacita para vivir una nueva vida de obediencia y santidad, a través del poder del Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN:

Nunca olvidemos el inmenso precio que Jesucristo pagó por nuestra salvación. Vivamos cada día en gratitud y adoración, confiando en el poder redentor de su sangre y proclamando las buenas nuevas de la expiación a todos los que nos rodean. En Cristo, tenemos la esperanza segura de la vida eterna y el perdón de pecados.

OREMOS:

Oh, Dios Todopoderoso, Padre misericordioso y justo, nos postramos ante Ti en humildad y reverencia, reconociendo la grandeza del sacrificio de Jesucristo en la cruz y la profundidad de tu amor redentor. Que nuestras vidas sean testigos vivientes de tu gracia transformadora y tu poder restaurador. Te pedimos, Señor, que nos concedas la gracia de vivir cada día en santidad, sabiendo que hemos sido lavados y purificados por la sangre de Cristo. Ayúdanos a honrarte en todas nuestras acciones y decisiones, y a glorificar tu nombre en todo lo que hacemos. Amén.

SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE NO HAY REMISIÓN

¿Qué dicen nuestras confesiones de fe sobre este tema?

Catecismo menor de Westminster / pregunta 85:

¿Qué nos exige Dios para que escapemos de la ira y maldición que hemos merecido por el pecado? Para que escapemos de la ira y maldición de Dios que hemos merecido por razón del pecado, Dios exige de nosotros la fe en Jesucristo, el arrepentimiento para vida, y el empleo diligente de todos los medios externos, por los cuales Cristo nos comunica los beneficios de redención.

Confesión Belga / Artículo 34

Creemos y confesamos, que Jesucristo, el cual es el fin de la Ley, por su sangre derramada ha puesto término a todos los demás derramamientos de sangre que se pudieran o quisieran hacer para propiciación y paga de los pecados; y que El, habiendo abolido la circuncisión que se hacía con derramamiento de sangre, en lugar de ésta ha ordenado el Sacramento del Bautismo, por el cual somos recibidos en la Iglesia de Dios, y separados de todos los otros pueblos y religiones extrañas, a fin de estarle a El totalmente consagrados, llevando su enseñanza y estandarte; y nos sirve de testimonio de que El será eternamente nuestro Dios, siéndonos un Padre clemente.

Catecismo de Heidelberg / Preguntas 43 y 1

Pregunta 43: ¿Qué provecho recibimos además del sacrificio y muerte de Cristo en la cruz? Por su poder nuestro viejo hombre está crucificado, muerto y sepultado juntamente con El, para que, en adelante, no reinen más en nosotros las perversas concupiscencias y deseos de la carne, sino que nos ofrezcamos a Él en sacrificio agradable.

Pregunta 1: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Que yo en cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, quien con Su preciosa sangre ha hecho una satisfacción completa por todos mis pecados y me ha librado de todo el poder del diablo. Además, Él me preserva de tal forma que, sin la voluntad de mi Padre celestial, no puede caer ni un cabello de mi cabeza: sí, todas las cosas deben servir para mi salvación. Por lo tanto, mediante Su Espíritu Santo, también me asegura que tengo vida eterna y me prepara y dispone de corazón para que viva para Él, de aquí en adelante.

se despojó de sí mismo R ENUNCIA
se hizo hombre E NCARNACIÓN
el justo por los injustos S USTITUCIÓN
él nos amó primero C ARIDAD
fue hecho maldición A NATEMA
angustiado y afligido T ORMENTO
redimidos por su sangre E XPIACIÓN

